

## TEORÍAS E HISTORIA DE LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA (2017). RESEÑA DEL LIBRO DE CARLOS GARCÍA VÁZQUEZ

*Teorías e Historia de la Ciudad Contemporánea (2017). Ressenya del llibre de Carlos García Vázquez*

*Teorías e Historia de la Ciudad Contemporánea (2017). Review of the book by Carlos García Vázquez*

**JUAN GRANERO BELLVER**

[granerobellver@gmail.com](mailto:granerobellver@gmail.com)

Universidad de Barcelona

ORCID: 0000-0002-4549-7503

### RESEÑA

Teorizar sobre la ciudad es ponderar sobre la naturaleza de una “criatura incierta”. Amalgama de variables políticas, económicas, culturales y sociales, la ciudad contemporánea ha impelido a infinidad de teóricos a aventurar un ejercicio tan incompleto como parcelario. Bajo ese tesón, Carlos García Vázquez escribe *Teorías e Historia de la ciudad contemporánea* (2017), cuyo objetivo central es descifrar el vasto corpus de teorizaciones que, desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, se ha llevado a cabo a tenor de la ciudad contemporánea. Sobre García Vázquez (1961-) cabe decir que es doctor arquitecto, catedrático de Composición Arquitectónica y profesor de la Universidad de Sevilla. Ha sido profesor visitante en numerosas universidades internacionales y es miembro del comité científico de *Docomomo Ibérico*. Interesado y experto en teoría y cultura urbanas, destacan, entre sus publicaciones, *Berlín-Postdamer Platz: metrópoli y arquitectura en transición* (2000), libro fruto de su tesis doctoral, y *Ciudad Hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI* (2004), en donde aborda el desenvolvimiento de diferentes culturas urbanísticas en el siglo presente.

Ya a mediados del siglo XX, el filósofo marxista Henri Lefebvre señalaba que las diferentes subdisciplinas encargadas de estudiar la ciudad fallaban en su intento debido a que los “límites de la descripción”, inherentes a sus especificidades, les impiden aprehender la “realidad urbana” en toda su

Fecha de recepción: 30/04/2023 · Fecha de aceptación: 22/07/2023 · Fecha de publicación: 03/10/2023

complejidad (Lefebvre 1972, 54-55). García Vázquez coincide con Lefebvre en el diagnóstico y plantea que las diferentes disciplinas urbanas enfocan metodológicamente unos contenidos empíricos que les son propios, obviando aquellas regularidades y trayectorias a las que, todas ellas, se encuentran supeditadas. El ejercicio intelectual llevado a cabo en este libro trata de ampliar nuestro ángulo de visión, en ocasiones anquilosado por la exigencia y disciplina académica debidas. Al ampliar el ángulo de visión, trazando continuidades, estableciendo puntos de contacto e intuyendo tendencias, García Vázquez “narrativiza” los discursos y prácticas que han tratado de pensar la ciudad contemporánea. No obstante, como para todo ejercicio de teoría social, el autor reconoce haberse valido de la esquematización, categorización y simplificación para llegar a puerto.

Esquematización, primeramente, para aprehender la emergencia de un objeto de estudio exuberante. Por ello, divide el libro en tres grandes bloques que, respectivamente, responden a tres “cambios de paradigma intelectual”, en el sentido de Thomas S. Kuhn (1975), motivados, todos ellos, por “transformaciones del sistema económico” en un sentido global (García Vázquez 2017, 8). Categorización, secundariamente, a través de la cual se apuntala la influencia de ideologías sobre la producción teórica urbana, de ayer y hoy. Esta categorización cristaliza en una dualidad: *sensibilidad romántica* vs *sensibilidad iluminista*. El profesor rastrea a lo largo del libro las diferentes aportaciones cuyos nombres propios, aduce, se encuentran emparentados muchas veces con alguna de las dos sensibilidades, directa o subsidiariamente. Al respecto de la sensibilidad romántica hallaríamos, por ejemplo, las “modulaciones” culturalistas o pintoresquistas y, referente a la sensibilidad iluminista, las progresistas o racionalistas. Simplificación, en última instancia, a un nivel formal y de contenido. García Vázquez divide explícitamente los capítulos en cinco subapartados. La primera de estas subdivisiones nos presenta las transformaciones económicas (el paradigma de Kuhn) que son la base de la emergencia, *grosso modo*, de las distintas y contrapuestas teorizaciones sobre la ciudad de la época. La segunda subdivisión se titula “Epistemología de...” seguida de “Metrópolis”, “Megalópolis” o “Metápolis”, según se trate cada una. García Vázquez presenta aquí, corolariamente, las principales sensibilidades filosóficas de la época en la medida en que éstas se encuentran en el corazón de las distintas y

contrapuestas teorizaciones sobre la ciudad. Sigue la parte principal de cada uno de los tres capítulos, dividida asimismo en tres bloques dedicados a sociólogos, historiadores y arquitectos, respectivamente.

En el primero de los capítulos, titulado “Metrópolis: 1882-1939”, el autor delinea la institucionalización de las subdisciplinas encargadas del estudio de la ciudad, desde finales del XIX hasta bien entrados en el XX. Durante este periodo, las subdisciplinas urbanas irán desembarazándose de personalismos al tiempo que adquieren un estatus científico, imbricadas a los profundos cambios económicos y técnicos que caracterizan a las sociedades occidentales de la época. El arquitecto pone énfasis en la emergencia del capitalismo monopolista, cuyos procesos de producción vienen marcados por el *taylorismo* y el *fordismo*. García Vázquez perfila el nacimiento del urbanismo moderno como una gran respuesta de la burguesía y la administración pública al “gran caos” en que se convierten las ciudades hacia finales del XIX, cuyo crecimiento y falta de racionalización en el planeamiento, eran caldo de cultivo de estallidos sociales. La ciudad se planifica y proyecta para, primero, absorber las grandes masas de trabajadores; segundo, asumir la expansión del desarrollo industrial; tercero, conectarla a través de medios de transporte novedosos. La “expulsión residencial” hacia áreas suburbanas permite descongestionar los centros históricos al tiempo que muchos de ellos quedan para siempre devastados.

El Iluminismo del XVIII consolida el racionalismo (Descartes) y empirismo (Hume) de los cuales se derivan, a finales del siglo XIX, dos posicionamientos ideológicos contrapuestos: positivismo y marxismo. Del *impasse* iluminista se desprenden dos mitos: el “mito mecanicista”, que entiende la sociedad como un sistema integrado por partes interrelacionadas, y el “mito organicista”, que sostiene que lo social es un reflejo del cuerpo biológico cuyas partes tienen una función determinada. A caballo entre finales del XIX y principios del XX, no obstante, las disciplinas encargadas del estudio de la ciudad desarrollarán postulados eclécticos, asumiendo los mitos mecanicista y organicista y, finalmente, convergiendo en el “racionalismo empírico”, el “positivismo marxista” o el “mecanicismo organicista”. Bajo estos imponderables, la *sensibilidad iluminista* privilegiará la funcionalidad, lo maquinal, la gran

urbe y al individuo tipo. Por su parte, la *sensibilidad romántica* se basará en la ética, la naturaleza y el retorno a lo agreste, viendo en el individuo un ser único e irrepetible.

Las primeras reflexiones sobre la ciudad desde la sociología se producen entre 1820 y 1880 y vienen dadas por reformadores sociales que apuestan por metáforas organicistas para explicar el caos de la urbe. El biólogo Patrick Geddes pondrá las bases de la geografía urbana al conectar los problemas sociales de la “Metrópolis” con la crisis ecológica fruto de la ruptura entre recursos naturales y actividades humanas. En EE. UU. la primera generación de la Escuela de Chicago funda la subdisciplina de la antropología urbana, tipificando espacialmente las dinámicas socioeconómicas. En Alemania, la *sensibilidad romántica* cristaliza en Tönnies y su dicotomía comunidad (propia de la *Kultur*) y sociedad (propia de la *Zivilisation*), Simmel teoriza sobre la psicología del habitante metropolitano y su actitud *blasée* y Weber sublima el capitalismo monopolista al ascetismo protestante de carácter calvinista.

Por su parte, la historia urbana encuentra en Fustel de Coulanges y su estudio sobre la evolución de las instituciones sociales las bases para el análisis histórico de la ciudad. Marx y Engels, al tiempo, ven la urbe como escenario en donde se representa el conflicto inherente al modo de producción capitalista. Las primeras cuestiones metodológicas en historia urbana se interrogan por la transformación de la ciudad. Los primeros objetos de estudio se mueven entre la pesquisa de la ciudad como ente particular y realidad extrapolable a otras épocas históricas. Historiadores del arte como Poëte inciden sobre la morfología de la ciudad, privilegiando su estudio como obra de arte. Su influencia en Sellier y Lavedan provocará que la historia urbana camine de la mano de la planificación urbanística. A este último se le debe la primera historia del urbanismo. Por su parte, Lewis Mumford publica en 1939 *La cultura de las ciudades*, libro de vocación generalista en el que confluyen orientaciones socioeconómicas y morfológica-geográficas.

Por su parte, el urbanismo, cuyo nacimiento García Vázquez data en 1875 en la Alemania guillermina, se alumbrará al calor de las dos sensibilidades citadas: una *romántica*, cuyos arquitectos andarán preocupados por el crecimiento urbano y el mito del paisaje y, una *iluminista*, cuyos teóricos basarán sus esfuerzos en una racionalización del espacio acorde al capitalismo monopolista. La primera

de estas sensibilidades, la romántica, viene alentada por Sitte y el malestar estético provocado por la ciudad metropolitana. Sus postulados, alineados con los de John Ruskin, aducen que el patrimonio citadino juega un papel clave en la configuración identitaria de sus habitantes. El debate entre intervención y conservación se disparará hacia la década de los 30. Los postulados románticos, como los de Ebenezer Howard sobre la “ciudad jardín”, basarán sus propuestas en el pensamiento antiurbano anarquista del XIX (Kropotkin). No obstante, será la *sensibilidad iluminista*, con su “racionalismo productivista”, fundada en documentos como *La Carta de Atenas*, la que acabará por imponer los ejes vertebrales del planeamiento urbano: la zonificación funcional. Figuras como Le Corbusier y, después, Wagner, Soria y Hénard, incorporarán la “Metrópolis” al “proceso de racionalización apuntado por la industria monopolista” (García Vázquez 2017, 58). La frase “Es la arquitectura la que rige los destinos de la ciudad” prefigura la implantación de un “modelo universal” de ciudad, al tiempo que justifica, técnicamente, una colonización y destrucción urbanas en pos del alumbramiento de la “Megalópolis”.

El segundo capítulo, titulado “Megalópolis: 1939-1979”, identifica las teorizaciones urbanas con el advenimiento del estado del bienestar, surgido a partir de la II Guerra Mundial. Conecta la emergencia de la “Megalópolis” con las ya institucionalizadas subdisciplinas urbanas y con el *impasse* ético de la filosofía existencialista. La II Guerra Mundial no puede pensarse sin atender a los desarrollos tecnológicos de la industria monopolista, cuestión que pone en crisis los presupuestos iluministas y su racionalización de la sociedad, posibilitando a partir de la década de los cuarenta una vuelta de los valores humanistas. Ello cristaliza en medidas *keynesianas* llevadas a cabo en EE. UU. y Europa y que apuntalan el estado de bienestar. “Una vez más, la ciudad funcionó como un lienzo sobre el que se proyectó la singladura política y económica” (García Vázquez 2017, 74) de la mano de gobiernos socialdemócratas que asumen los ejes principales de *La Carta de Atenas*; la centralidad del “plan general”, institucionalizado en legislaciones que descansan sobre la siguiente premisa: uso privado del suelo, derecho público de construcción. Dicho consenso, no obstante, no durará demasiado; hacia los sesenta y setentas, un rosario de diferentes procesos sociales e históricos servirá como catalizador del neoliberalismo. La ciudad histórica sufrirá otra arremetida más, al tiempo que los preceptos de *La Carta*

*de Atenas* hacen proliferar una *suburbia* que es polo de atracción para las clases medias. “Los tiempos megalopolitanos iban a caracterizarse por la pendularidad” (García Vázquez 2017, 80), un oscilamiento desde un existencialismo preocupado por el lenguaje (Heidegger) y el cuerpo (Merleau-Ponty), a un estructuralismo (Lévi-Strauss, Foucault, Lacan), hegemónico dentro de las ciencias sociales. No será hasta la década de los cincuenta, una vez dispersado el humo de la contienda bélica, que el neopositivismo (Popper) revitalice la *sensibilidad iluminista*.

Al calor de ese neopositivismo escuelas sociológicas tales como la anglosajona, radicalizan sus enfoques metodológicos en un proceso de “cientifización” que, por otro lado, será rechazado de plano por el boyante neomarxismo galo; éste último, influenciado por las tesis existencialistas, posibilitará la emergencia del estudio de la espacialidad dentro de las ciencias humanas. García Vázquez apunta a su vez la influencia existencialista en unos *community studies* deudores de la Escuela de Manchester. Watts y sus estudios sobre el *ghetto* negro y Whyte sobre la *suburbia* de las clases medias, caracterizan a la “Megalópolis” como fábrica de segregación urbana; Sennet observará esta ciudad a caballo entre la pulsión apolínea del urbanismo iluminista y unos contornos dionisiacos hechos de diversidad no planificada. A partir de los sesenta, la sociología neomarxista (Lefebvre) redoblará sus críticas del urbanismo socialdemócrata considerando esta disciplina como: primero, productora de espacios políticos y, segundo, enmascaradora de una realidad capitalista que barrunta el tránsito hacia la posmodernidad.

La historia de la “Megalópolis” hallará en sendos enfoques, neopositivistas (Gran Bretaña y Francia) y neomarxistas (Italia), acomodo para una tardía institucionalización. Los arquitectos de la “Megalópolis” reconciliarán el urbanismo y diseño urbanos con el desarrollo técnico. La segunda generación de *La Carta de Atenas* sumará la planificación regional (Sert) a sus cuatro principios generacionales (vivienda, ocio, trabajo y transporte), atendiendo al papel del espacio público. El desarrollo del diseño urbano durante los cincuenta significa asimismo la “integración de urbanismo, arquitectura y paisajismo” y sintetiza el reacomodo de la *sensibilidad romántica* tras la guerra. Nombres propios como Keeble o Van Eyck renovarían un urbanismo socialdemócrata que todavía hace suyo el

dogma morfológico de *La Carta de Atenas*. Por su parte, el núcleo duro del urbanismo abrazará los presupuestos neopositivistas, reconceptualizando una disciplina “objetiva y universal basada en postulados estrictamente técnicos y controlada por una élite profesional” (García Vázquez 2017, 113): el “jefe de equipo”. Ello será blanco de las críticas de Friedman y un neomarxismo auspiciado por el mayo del 68. Para los técnicos, la crítica a una *suburbia* fracasada se concretiza en dos polos. Los de *sensibilidad romántica* como Rossi y Aymonino, influenciados por Gramsci, criticarán su morfología y sus estragos medioambientales. McHarg, Doxiadis y Davidoff, cuestionarán “las bases disciplinares del urbanismo”, aduciendo que su esencia no es material sino “ecosistémica” y renovando metodológica y empíricamente unas disciplinas técnicas cada vez más casadas con el desarrollo tecnológico. Ambas críticas capitulan el periodo megalopolitano haciendo oscilar las bases disciplinares técnicas, al tiempo que bosquejan la comprensión de una realidad social cada vez más compleja y acelerada en sus cambios, y que perfila los contornos de la nueva “Metápolis”.

El tercer capítulo, titulado “Metápolis: 1979-2007”, da comienzo con la crisis del petróleo de 1973 que, fruto de las acciones de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), marca simbólicamente el inicio del tardocapitalismo. Este paradigma, según Castells, se caracteriza por la reacumulación de capital por parte del sector privado, la desregulación económica y la expansión del sistema de la globalización. El neoliberalismo como agenda económica impactará de lleno sobre una amorfa “Megalópolis” desterrando valores humanistas en pos de la competitividad. Las tecnologías de la información permitirán a las sedes de las grandes multinacionales reubicarse en los maltrechos centros históricos. La gentrificación hace mutar la *suburbia* del monocultivo residencial al espacio multifuncional. Ello se concretiza en discontinuidad de urbanización, “galaxia de ciudades cuyas actividades económicas estaban integradas” y son dependientes de sofisticadas redes infraestructurales con territorios heterogéneos que convergen en amalgama de tejidos urbanos, zonas agrícolas, entornos naturales y redes informacionales (García Vázquez 2017, 142). Nace la “Metápolis”, ciudad sin principio ni final aparentes.

Una pulsión hermenéutica renuente de relatos totalizantes marcará la epistemología de la ciudad contemporánea. La “sociedad metropolitana” concretiza la apertura inherente al pensamiento posmoderno. Por su parte, “la deslegitimación relativista” (García Vázquez 2017, 144) llevará al marxismo a tratar de copar nuevos argumentarios, asimilando la tendencia ecologista y su crítica de algunas de las dicotomías asentadas a sendas sensibilidades, *romántica e iluminista*. Guattari y sus “tres ecologías”, Latouche y el “decrecentismo”, son ejemplos a través de los cuales la izquierda reagrupa una crítica del tardocapitalismo, poniendo el foco en la necesidad de una profunda reestructuración de la jerarquía de valores sobre la que se rige la “Metápolis”.

Desde la sociología, Harvey recogerá el guante lanzado por Lefebvre apuntando la naturaleza del tardocapitalismo como productor de espacios. Castells teorizará sobre el surgimiento de una nueva espacialidad global denominada “espacio de flujos” a través de la cual se instaura una reorganización territorial de todo el planeta. El resultado será la *disneyización* (Hanningan) de la ciudad; la “complejificación” de las “unidades culturales” (Leeds) y, finalmente, el advenimiento de una “ciudad dual” erigida sobre los escombros del estado de bienestar. Unos *cultural studies* al alza criticarán el espacio público como campo de invisibilización segregacionista. Algunos historiadores de la “Metápolis” se valdrán de estos enfoques (Fishman, Wilson) dando cabida a su vez al estudio de la *suburbia*. Otros autores como François Choay y Peter Hall capitularán una definitiva definición disciplinar con estudios históricos no cronológicos en clave idiogramática. La *nouvelle histoire*, fruto de una Escuela de los Anales, con su historia cultural y microhistoria, privilegiará el estudio de la ciudad desde esos imponderables “otros” (Sica, Ginzburg, Sennett).

Los técnicos, no obstante, encajarán de diversas maneras el advenimiento de la “Metápolis”. La *sensibilidad iluminista* imprimirá sus esfuerzos en aprehender las lógicas socioeconómicas propias del tardocapitalismo, postulando respuestas técnicas para responder a problemas concretos y de diseño. La *sensibilidad romántica* volverá a cuestiones tales como la ciudad histórica y la naturaleza, dando cabida para ello al advenedizo concepto de “desarrollo sostenible”. Algunas de las preocupaciones de los arquitectos iluministas se centrarán en el problema de la gobernanza y los regímenes de poder locales



(Stone), como modo de contestación de la atmósfera “sin plan” posmoderna. Los técnicos de la sostenibilidad como León Krieger basarán sus estudios en el análisis urbano a través de una zonificación multinivel en la que el diseño urbano juegue un papel crucial. En diferentes latitudes, técnicos y escuelas abogarán por la inserción de la ecología en el diseño y análisis urbanos, respondiendo a problemas que, si bien se encuentran definidos localmente, se producen a lo largo y ancho del globo de manera cada vez más acelerada.

Carlos García Vázquez concluye de esta manera *Teorías e Historia de la ciudad contemporánea*. Un relato hecho de miles de retazos, aportes y corrientes cuyo nexo en común, más allá de sensibilidades y regularidades, es la vocación por el estudio de la ciudad contemporánea. Un ejercicio de teoría social reseñable y que, pese a la magnitud de su objeto, no adolece de falta de rigor conceptual. Si bien podría apuntarse, por otro lado, la menudencia con la que enfoca alguno de los apartados, y que contrasta con la voluptuosidad de aquellos dedicados a arquitectos y técnicos urbanos. Se trata ello de un hecho menor y que no repercute en un conjunto que, por momentos, es rayano en lo contentivo, pero que sirve sin duda como excelente introducción al estudio de la ciudad. Tanto estudiantes como investigadores, independientemente de la disciplina académica a la que se deban, pueden encontrar entre sus innumerables citas y autores, valiosas aportaciones para seguir indagando en la difícil e inabarcable pesquisa sobre la ciudad contemporánea; esa “criatura incierta”.

**Este artículo se debe citar como:**

Granero Bellver, Juan. 2023. “Teorías e Historia de la Ciudad Contemporánea (2017). Reseña del libro de Carlos García Vázquez”. *Revista [Con]textos*, no. 12 (octubre): 203-212. <https://doi.org/10.1344/contxt.2023.12.203-212>.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

García Vázquez, Carlos. 2000. *Berlín-Potsdamer Platz: metrópoli y arquitectura en transición*. Barcelona: Fundación Caja de Arquitectos.

García Vázquez, Carlos. 2004. *Ciudad Hojaldre: Visiones urbanas del siglo XXI*. Barcelona: Gustavo Gili.

García Vázquez, Carlos. 2017. *Teorías e Historia de la Ciudad Contemporánea*. Barcelona: Gustavo Gili.

Kuhn, Thomas S. 1975. *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Lefebvre, Henri. 1972. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial

\* \* \*